

## SUAREZ Y BELLO

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. EDUARDO ZULETA  
EN LA RECEPCION DEL PRESIDENTE SEÑOR SUÁREZ,  
EN LA POBLACION DE BELLO

Excelentísimo señor Presidente:

El honorable Concejo Municipal y la Junta de recepción de Bello, me han comisionado para que os dirija unas palabras de bienvenida a vuestra tierra natal; honor que yo he aceptado con gusto por ser un viejo amigo y admirador vuestro y por agradecimiento a esta población en donde he vivido lleno de delicadas atenciones de vuestros conterráneos.

Señor: un sentimiento de entusiasmo, de entusiasmo desbordante y legítimo encontráis aquí. Muchos de los que están presentes os vieron salir de la antigua fracción de «Hatoviejo,» solo, pobre, triste. Estaréis reconociendo ya a vuestros compañeros de infancia, a vuestros discípulos, a los ancianos que os vieron crecer y jugar alegremente en estos prados, en esta plaza. Lleva el bastón de mando en donde lo llevó Gaspar de Rodas, un nieto de aquel pobre vecino vuestro, que la laboriosidad hizo rico, y lleva la voz de la Iglesia vuestro condiscípulo, caritativo, amigo leal y de espíritu amplio. Descendientes de vuestros conocidos de antaño dirigen los destinos del pueblo con espíritu democrático y patriótico.

Me supongo el sentimiento de alegría y de tristeza que os embargará el ánimo en estos momentos solemnes de vuestra vida, en que volvéis a ver el mismo valle que ausente y nostálgico describisteis en párrafos de hermosura clásica. De este valle del cual decíais que «está cubierto por un cielo azul en el verano; que lo alfombran praderas limpias y verdes, lo refrescan aires cor-

diales y lo riegan un río poblado de árboles y acacias y los arroyos y torrentes que se derrivan de las montañas formando varias cascadas y en el que la naturaleza exhibe cierta limpieza agreste.»

Cuántas mudanzas las de la vida, Excelentísimo señor Presidente. Salisteis de aquí joven, en busca de horizontes más anchos y con la honda tristeza que engendra todo desprendimiento y regresais de Presidente de la República por obra de vuestros talentos y virtudes y de la grande y noble democracia colombiana. Salisteis de «Hatoviejo» y regresáis a Bello, nombre dado al pueblo por vuestros triunfos académicos y porque preferisteis que llevara el nombre del gran humanista cuyos libros os sirvieron de tema para la lucha y la victoria, que no el vuestro desconocido entonces; dejasteis la polvorienta y triste carretera y encontráis el ferrocarril a las puertas del poblado; tierras que antes se veían aquí de abrojos florecidas están cubiertas de tabaco y otros cultivos que producen dinero; aquella antigua casa en donde estuvisteis aprendiendo las primeras letras y luego fuisteis pobre maestro de escuela rural, lleva el nombre de «Instituto Suárez» y tiene hoy mobiliario moderno y comodidades propias para la enseñanza; hombres de empresas pujantes de la capital, fundaron en este hermoso rincón la fábrica de tejidos, la primera en Antioquia y la primera en Colombia; la escuela de agricultura queda en el mismo territorio de este municipio y pronto la luz eléctrica alumbrará desde la «Estación» hasta aquella «calle arriba» que tantos recuerdos debe traer a vuestra memoria!

Bien compensadas quedan las amarguras por que tuvisteis que pasar en aquellos días en que los libros eran vuestros mejores amigos y en los que todo era oscuro, incierto y triste, con este regreso a la aldea y a la casita en donde se derramaron las primeras lágrimas.

mas de aquel niño que, entre tropiezos y pesares, habría de volver después victorioso, con la banda tricolor que ciñeron los grandes patricios de la república, desde el Libertador hasta José Vicente Concha.

Este pueblo perdurará en la historia por el nombre de su fundador D. Gaspar de Rodas, conquistador de tierras y colono de grandes empresas, y por el de don Marco Fidel Suárez, otro gran conquistador en el campo de las letras y de la política.

Más feliz que aquel inspirado, que desde las cumbres del Nebo «apenas pudo percibir el contorno, el denso tul y el sinuoso lineamiento de la anhelada patria,» os toca pisar de nuevo la tierra querida de vuestros mayores, sentir el calor vivificante de la madre naturaleza propia y ver la luz solar filtrarse al través de las copas de los árboles frondosos, que ahora, como entonces, están dando su sombra hospitalaria a propios y extraños.

Bienvenido seais a vuestra aldea, Excelentísimo señor!

## ¡¡TAN DE PRISA....!!

Un hombre que lleva un libro de cuentas debajo del brazo; un hombre que suda copiosamente, con los cabellos pegados a las sienes. Una sacristía; puertas que se abren y cierran con estrépito.

—Señor.

—¿Qué?....

—Señor. ¿Es usted el sacristán?

—Sí.

—¿A quién hay que dirigirse para los asuntos matrimoniales?

—¿Dirigirse?

—Sí.

—Al señor cura.

—¡Es que estoy muy de prisa!